

SÁNCHEZ CUENCA, Ignacio,

La desfachatez intelectual.

Escritores e intelectuales ante la política,

Madrid, Los libros de la Catarata, 2016, 224 pp.

Juan Pecourt

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Juan.Pecourt@uv.es

En los últimos años, el cuestionamiento de los actores que pilotaron el proceso de la transición democrática se ha extendido a diferentes ámbitos. Empezó en las calles y las plazas con el grito de “No nos representan”, con las movilizaciones del 15-M, donde se reaccionaba contra el funcionamiento del sistema político y la sumisión de la democracia a poderes invisibles e inescrutables. Posteriormente, este cuestionamiento se ha trasladado también al mundo de la cultura, con la aparición de encendidos debates en torno a la decadencia de la Cultura de la Transición, o lo que algunos llaman la “cultura CT”. Sobre la cuestión cultural, se han publicado, en fechas recientes, dos trabajos muy representativos de dicho estado de opinión: por un lado, *El cura y los mandarines*, de Gregorio Morán, y, por otro lado, el libro que nos ocupa, *La desfachatez intelectual*, de Ignacio Sánchez Cuenca. Ambos trabajos tienen tonos muy diferentes, pero comparten un objetivo fundamental: criticar lo que Aranguren denominaría el “establecimiento cultural” de la democracia, una elite cultural caracterizada por un estilo específico (discursivo, pero también ideológico), que se ha mantenido casi inalterada desde principios de los años ochenta.

Si Gregorio Morán realiza una crítica más bien literaria y ensayística del establecimiento cultural, sin ahorrarse opiniones personales y juicios de valor, Sánchez Cuenca plantea un análisis anclado en los fundamentos de la ciencia política. En este sentido, su trabajo tiene la virtud de identificar a un colectivo aparentemente diverso pero muy homogéneo en

aspectos esenciales. Entre sus propiedades, menciona las siguientes: a) suele tratarse de escritores y/o filósofos que establecieron su prestigio durante la Transición o los primeros años de la democracia y que intervienen en la esfera pública posicionándose como intelectuales; b) tienden a rechazar cualquier aproximación especializada a los temas abordados (no tienen en cuenta la literatura científica que existe sobre esos temas) y presentan una visión muy generalista, aderezada con un tono muy moralizante; c) se caracterizan por lo que Gambetta denomina el “machismo discursivo”, es decir, un estilo específico de aproximarse al debate público que consiste en vencer al adversario (es decir, al que no piensa igual) por aplastamiento; d) se trata de un colectivo que ha sufrido una deriva ideológica muy similar, desde unos orígenes situados en la extrema izquierda (comunismo, anarquismo, libertarismo) hasta un presente claramente escorado hacia la derecha (conservadurismo, neoliberalismo); e) se encuentran sorprendentemente alejados de los debates internacionales y se alinean con obsesiones muy específicas de la cultura intelectual española (generación del 98, Ortega y Gasset, Laín Entralgo y otros): el “ser de España”, el “problema de España”, planteado siempre en términos muy moralistas.

La tesis básica de Sánchez Cuenca sostiene que el establecimiento cultural, que tuvo su papel en los años de la Transición y pudo aportar entonces un estilo rupturista e innovador, se ha convertido en un actor disfuncional muy alejado de las problemáticas actuales de la sociedad. Sánchez Cuenca trata de demostrar

su tesis centrándose en el posicionamiento de estos escritores sobre dos temas centrales: la unidad de España y la crisis económica. Como afirma el autor, los intelectuales del establecimiento cultural dan “lo mejor de sí mismos” cuando se aproximan al tema del nacionalismo (y del terrorismo), un ámbito por el que sienten una clara predilección. Se muestran muy críticos con el nacionalismo vasco y catalán, que consideran, generalmente, como el problema más acuciante al que se enfrenta la sociedad española. Frente a los nacionalismos irredentos, defienden un patriotismo constitucional que esconde una visión muy centralista del Estado y poco comprensiva con la pluralidad cultural española. Al mismo tiempo, según Sánchez Cuenca, muestran un sorprendente desinterés por algunos problemas acuciantes de la sociedad (y que se reflejan, por ejemplo, en las encuestas del CIS). En este sentido, tienden a ignorar, o a dejar en un lugar muy secundario, problemáticas sociales como el desempleo, los desahucios o el aumento imparable de las desigualdades sociales. En el momento en que se aproximan a estos temas (aquí Sánchez Cuenca realiza una magnífica disección de *Todo lo que era sólido*, de Antonio Muñoz Molina) presentan visiones muy poco fundamentadas, desconectadas de los debates científicos, que muestran su fijación por temas perennes como la unidad de España.

La aportación de Sánchez Cuenca es valiosa y necesaria, porque muestra las sombras de estos intelectuales públicos, situados detrás del escudo de protección mediático e inalcanzables a la crítica. Sin embargo, su planteamiento me produce algunas dificultades. En primer lugar, se podría aplicar a Sánchez Cuenca la misma crítica que él realiza al establecimiento

cultural: presenta un análisis de los intelectuales sin considerar toda la literatura científica que existe en las ciencias sociales sobre la función social del intelectual (Weber, Mannheim, Gramsci, Aron, Merton, Foucault, Bourdieu, Posner, entre otros). Del mismo modo, tampoco tiene en cuenta trabajos en su día influyentes sobre los intelectuales españoles, que ya identifican algunas de las características señaladas por Sánchez Cuenca (por ejemplo, *Los intelectuales bonitos*, de Amando de Miguel, o los escritos de Aranguren sobre el establecimiento cultural). Esta sorprendente ausencia, en un trabajo que reclama la validez científica frente al ensayismo irreflexivo, creo que resta fuerza a su posición. En segundo lugar, el hecho de ignorar los debates sobre el papel de los intelectuales, generados en el ámbito de las ciencias sociales, impone una visión excesivamente idealizada o simplificada de su función en la esfera pública. El autor reivindica un debate público abierto y transparente, conducido por individuos preparados y bienintencionados, que cumpla la función de clarificar al ciudadano las grandes problemáticas sociales. Esta visión de raigambre habermasiana (una especie de “espacio lingüístico ideal”) ignora las complejas relaciones de los intelectuales con el poder y el papel esencial que juegan aspectos no estrictamente cognitivos (como, por ejemplo, el estatus, el reconocimiento o la identidad) en los propios posicionamientos intelectuales. ¿De qué depende el desarrollo de debates públicos abiertos, libres e informados? ¿De la buena intención de los participantes? ¿De su formación académica? ¿O es necesario indagar más profundamente en las estructuras sociales que permiten la comunicación de determinados estilos de pensamiento, mientras se neutralizan otros?

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- De Miguel, A. (1980). *Los intelectuales bonitos*. Madrid: Planeta
- López Aranguren, J. L. (1977). *La cultura española y la cultura establecida*. Madrid: Taurus.
- Martínez, G. (2012). *CT o la cultura de la transición. Crítica a 35 años de cultura en España*. Madrid: Debolsillo
- Morán, G. (2014). *El cura y los mandarines. Historia no oficial del bosque de los letrados*. Madrid: Akal.
- Muñoz Molina, A. (2013). *Todo lo que era sólido*. Barcelona: Seix Barral.
- Sánchez Cuenca, I. (2016). *La desfachatez intelectual. Escritores e intelectuales ante la política*. Madrid: La Catarata.